AÑO VII
N.º 281

LA ALBORADA

Tiraje de este N.º
7.300

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

REDACTORES: CARLOS F. MUÑOZ—MANUEL MEDINA BETANCORT

DIBUJANTE: ORESTES BAROFFIO

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Agosto 2 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5



¡General Aparicio Saravia, Jefe Militar del Partido Nacional

Leonor

POR CARLOTA BRAEMÉ

un saludo, eran más bien una verdadera plegaria que saliendo de lo más íntimo de su corazón dirigía al cielo, pudiéndose traducir por esta frase:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten piedad de esta miserable pecadora!

CAPÍTULO XXXVII

—Indudablemente, continuó la señora Ridal, el viaje la debe haber cansado mucho. Mi padre me dijo que usted había venido directamente de París.

—Sí, es verdad, me siento algo cansada, pero no es eso sólo lo que tengo; la vista de esas montañas me hace recordar á mi país y,... ¡amo tanto á Inglaterra!

—¿Es usted inglesa?

—Mi madre era española, y mi padre inglés, repuso Bibiana lanzando un suspiro.

Leonor, no advirtió la emoción que parecía sobrecoger á la joven; toda su atención estaba fija en aquel momento en las finísimas y delicadas manos de la condesa y sin dejar de mirarlas continuó:

—Sor María, si le parece á usted tomaremos asiento para que convengamos qué vamos á hacer respecto á los enfermos.

Y sentándose mientras hablaba, indicó á la hermana que también lo verificase.

Aquellas dos mujeres, que en realidad eran mortales enemigas, hallábanse una frente de la otra, siendo muy distintos los sentimientos que sus corazones experimentaban.

Con la majestad de una reina ocupó la condesa el asiento que Leonor le indicó y al levantarse el velo y descubrir su hechicero rostro, exhaló la señora Ridal una exclamación de asombro. Habíase impresionado profundamente á la vista de la extraordinaria belleza de Bibiana.

—Me oprime un gran pesar, murmuró la abandonada esposa sin dejar de admirar á la condesa. Mi hijo Guillermito estuvo enfermo antes de venir á esta casa, así es que me asusta el desenlace de la enfermedad que hoy le aqueja: en cuanto á la niña es otra cosa; confío que dominará la fiebre: luego continuó:—He pensado que entre usted y yo podremos cuidar á los niños.

—¡Gracias señora!; eso era precisamente lo que deseaba, cuidar á los niños.

—¿Le gustan á usted los niños, hermana?

—¡Oh!... sí... mucho, contestó la condesa con vehemencia.

Y los corazones de aquellas dos mujeres, pareció que se aproximaban más después de la contestación de la monja.

—Mi infancia, continuó dulcemente la hermana, fué triste y solitaria; quizás por eso mi alma estuvo siempre llena de amor para los niños.

—¡Ah! entonces, exclamó alegremente la madre, usted amará mucho á mis hijos.

—Segura estoy de ello, señora Ridal, profirió Bibiana con un tono de voz que revelaba intensísima emoción, y mientras dos lágrimas se escapaban de sus hermosos ojos, añadió:

—Desde ahora puedo afirmarle que los amaré con toda mi alma, así como también que me hallo dispuesta á sacrificar mi vida, si para recobrar la salud la necesitaran.

—¡Gracias, sor María!... ¡Gracias! ¡Dios la bendiga!... Yo sí que tengo ahora mayores esperanzas de salvarlos puesto que juntas velaremos por ellos.

Bibiana guardó silencio. La contemplaba con admiración y orgullo como á un adversario digno de ella, y al propio tiempo, sentía en lo más profundo de su alma una impresión de simpatía como precursora del naciente amor que hacia la joven madre había empezado á desarrollarse en su corazón.

Leonor, continuó:

—¿Quiere usted que vayamos á verlos?; pero no, primero, la conduciré al cuarto que le he hecho preparar para que descanse aunque no sea más que un instante.

—Haré cuanto usted guste, contestó humildemente la condesa.

Y ambas jóvenes, cogidas del brazo, se dirigieron á la habitación que Leonor hizo preparar para sor María.

¡Cuán lejos estaba de pensar la desgraciada esposa, que la mujer que tanto le había hecho sufrir, era precisamente la que ahora llevaba del brazo!

El cuarto de sor María, era uno de los aposentos más espaciosos y bien ventilados de la casa y estaba arreglado con tal cuidado y esmero, que seguramente hubiera podido causar la envidia de la dama más principal. Desde las ventanas que daban al valle, contemplábase un panorama tan hechicero y encantador, que transportaba el alma á un mundo de delicias y convertían aquel aposento en un verdadero Paraíso. Allá, á lo lejos, veíanse las montañas cuyas cimas se perdían entre las nubes mientras bajo las ventanas se sentía el vago rumor de las aguas de una artística fuente de mármol, que en tan romántico paraje asemejábase á la lengua de la soledad contando sus pasadas alegrías... y al otro lado, entre los álamos, sonaba el continuo murmullo del rápido y pedregoso arroyo, cuyas cristalinas aguas parecían gemir dulcemente al correr medio ocultas por entre espesos y pomposos cañaverales: y estas voces lángidas y melancólicas, hablaron tan directamente al corazón de la condesa, que cuando la señora Ridal se retiró, aproximó sor María una silla á una de las ventanas, y sugestionada, sumergida en hondo piélago de amargura, cruzó las manos y se las llevó á la boca como si fuera á rezar. Los hermosos ojos de la joven, estaban rodeados de un círculo obscuro, y en su brillo parecían reflejar, más que un sol que iluminara el alma, una pira candente que le abrasaba.

Cuando por primera vez llegó la condesa al convento central de París, puso como única condición para ingresar en la comunidad que jamás asistiría á ninguna familia inglesa, lo que fué admitido por la madre superiora y se la consideró desde luego como una de las hermanas. La condesa, á pesar de las terribles luchas sostenidas por su espíritu, nada había perdido de su juvenil hermosura, solamente su color sonrosado se había convertido en una palidez marmórea. Tal vez por eso en los primeros días, todas

(Continuará).

AÑO VII
N.º 281

LA ALBORADA

Tiraje de este N.º
7.300

PERIÓDICO ILUSTRADO
SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

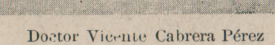
ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM — REDACTORES: CARLOS F. MUÑOZ—MANUEL MEDINA BETANCORT — DIBUJANTE: ORESTES BAROFFIO

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Agosto 2 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

El doctor Vicente Cabrera Pérez

En el trasatlántico «María Cristina» llegó en la pasada semana, procedente de Europa, el inteligente doctor Vicente Cabrera Pérez, acompañado de su distinguida esposa.

Vuelve á Montevideo después de un año de gira de placer por el viejo mundo, donde ha visitado las principales clínicas médicas y hospitales á cargo de notabilidades de la ciencia.



Doctor Vicente Cabrera Pérez

La inmensa clientela que el doctor Cabrera Pérez dejó en ésta á su partida, ha de ver con gusto su vuelta. La asidua é inteligente labor de muchos años, y las notables curaciones verificadas, le habían dado una merecida fama, que ahora ha de continuar granjeándose, al hacerse de nuevo cargo de su profesorado.

A su desembarco, los numerosos amigos que tiene en Montevideo le fueron á recibir, como una elocuente manifestación consecuente simpatía.

Carlos Reyles

SU SEPARACIÓN DE LA POLÍTICA

El distinguido literato Carlos Reyles, autor de las aplaudidas novelas *La Raza de Cain* y *El sueño de Rapiña* y fundador del club *Vida Nueva*, recientemente llegado del viejo mundo en donde hizo una larga gira de placer é instructiva, ha publicado últimamente en la prensa una exposición de motivos y consideraciones sobre los partidos y sobre el en que ha tomado parte activa hasta ahora, para explicar su separación absoluta de la política.



La carta-manifiesto de Carlos Reyles termina así:

«El día glorioso en que las escuelas, los hospitales, los ferrocarriles, los puentes sean aquí obra de la iniciativa privada, saborearemos los frutos de la civilización que ahora se pudren en nuestras manos. El porvenir pertenece desde ya á las naciones que poseen, no el mayor ejército ni las más sabias leyes, sino el mayor número de trabajadores en las diversas esferas de la actividad humana.

«A trabajar, pues. Para contribuir armoniosamente á la acción general, es preciso que cada uno cultive su jardín, sin olvidarse que el bien propio es cosa íntimamente ligada al bien ajeno. La juventud colorada tiene el suyo, que será magnífico si se mantiene firme en el propósito de elevar el nivel intelectual de las masas para hacer luego viables todas las fórmulas del progreso y todas las prerrogativas de la civilización. Yo también tengo el mío, y de la juventud me separo para cultivar en él, con amor, no las siemprevivas partidarias, sino los triunfantes mirasoles de los deberes nacionales y las exóticas orquídeas de la vida interior...

«De mis soledades salí y á mis soledades vuelvo».

DELMIRA AGUSTINI.--La sección á su cargo

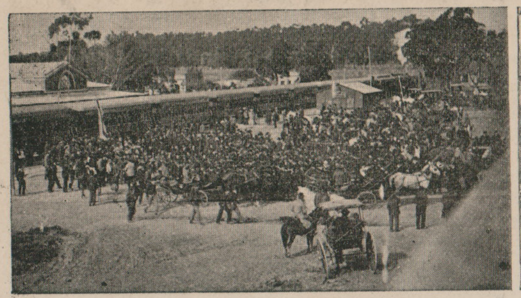
Desde el número próximo, la inteligente y aprovechada poetisa señorita Delmira Agustini, que nuestros lectores han podido conocer en el curso de mucho tiempo á esta parte en sus bellas producciones poéticas, se hace cargo en nuestra revista de una sección de sociales que hemos dejado á su voluntad intitular. En ella se ocupará de hacer las siluetas, que irán acompañadas del retrato, de nuestras niñas más interesantes en cultura y belleza, que bastante tiene nuestro suelo uruguayo, de todo ese nuestro sexo bello tan alabado por las ponderaciones de los extranjeros que nos visitan, que le ha valido la magia de una reputación honrosa en los ambientes de otros pueblos y otras sociedades.



Esperamos que nuestras simpáticas lectoras aplaudirán sin vacilaciones nuestra elección, y contribuirán en la medida de sus fuerzas á embellecer la sección que se inaugura bajo la delicada pluma y exquisita imaginación de nuestra interesante poetisa y compañera.

La asamblea colorada de Villa Colon

SUS ÚLTIMOS ECOS




Los primero y segundo expresos llegando á Villa Colón

Como prometimos en nuestro pasado número, completamos hoy la información sobre la asamblea colorada celebrada el 19 en Villa Colón.

En la mañana de ese día corrieron desde la ciudad á la citada villa tres trenes expresos que el club organizador «Defensa de Montevideo» costeaba de su peculio, amén de muchos otros convoyes que á diversas horas tuvieron que salir para dar cumplimiento



El tercer expreso en la estación de Colón



Damas concurrentes á la asamblea



Grupo de colorados de la Aguada con el coronel Remigio Ayala al frente

á la concurrencia. Formaban la comisión de vigilancia de esas expediciones, los siguientes señores: coronel Celedonio Islas, teniente coronel don Juan J. Debali, Rafael C. Gibelli, teniente Juan Cruces Santos, Carlos Rigamonti, Eugenio Toledo, Isidro Dobal y Soto, Zacarías Bastos, Manuel Solsona Flores, Alfredo Oddo, Mario Zubillaga, Antonio Sambucetti, Juan Recayte, teniente Félix Etchepare, Américo Pedragosa Sierra, teniente Pedro M. Estévez, Alfredo Ferraro y Federico Díaz (hijo).

La de caballería, que partió de la Plaza Sarandí por la mañana, la componían los señores Juan Pedro Martínez, Arturo López, Zenón de la Hera, Juan José Zubillaga y Eduardo Recayte y los miembros de la directiva del club, señores Augusto Acosta y Lara (hijo), Ernesto J. Felippone, Julio Raiz (hijo) y Aurelio E. Estévez.



El batallón garibaldino en las alamedas de Colón

A la asamblea asistió también un buen número de damas partidarias que fueron obsequiadas por la comisión organizadora con flores y distintivos.

Los sobrevivientes de la «Defensa de Montevideo», de cuya acción histórica tomó nombre el centro colorado que hizo los trabajos de la reunión, concurrieron también en corporación, á los que se les preparó una mesa especial á la hora del almuerzo.

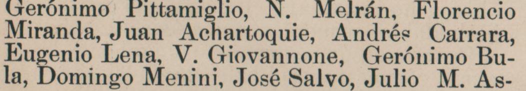
De todas partes del interior de la república llegaron delegados de los clubs seccionales, lo mismo que los clubs en corporación radicados en nuestra capital.



Comisión directiva del club organizador y miembros de la comisión de vigilancia y sobrevivientes de la Defensa

Comisión directiva del club «Defensa de Montevideo»

El batallón cívico de residentes italianos «General Garibaldi» también asistió con la mayoría de sus afiliados, que son los siguientes: Angel Somaschini, Julio Somaschini, Juan Manzi, N. Escarlesi, Francisco Lavalle, Diego Reolfo, Antonio Revello, Luis Manzi, Marco Alemán, Batista Buriano, Pedro Colombo, Francisco Pereyra, Domingo Figoli, José Vaente, Angel Blanchi, Fermín Fabra, Julio López, Lorenzo Benbenuto, Rosario Mariano, Juan Inózquez, Florencio González, Alejandro Dittane, Pelegrín Berrutti, Saberio Milano, Genaro Ruggiero, Luis Revuelta, Guillermo Fussi, Hipólito Manzi, Manuel Serrani, Bernardo Nicolini, José Pastorino, Isidro Suárez, Gaudencio Luzodo, Ricardo Calvo, Froilán Peña, Andrés Alonso,



Gerónimo Pittamiglio, N. Melrán, Florencio Miranda, Juan Achartoquie, Andrés Carrara, Eugenio Lena, V. Giovannone, Gerónimo Bula, Domingo Menini, José Salvo, Julio M. Astengo, Juan C. Hajes, Antonio Palma, Nicolás Bergalli, B. Hernández, Alberto Olivera, Cantalicio Blanco, Enrique Colombie, Alfredo Pito, Angel Lavalle, Lorenzo Frangueli, Raymundo Caballero, José Banchieri.



La mesa oficial

Ofrecemos, además de otras fotografías, la de la Comisión del Club «Defensa de Montevideo», que está constituída de esta manera:

Dalmiro Felippone (hijo), presidente; Emilio Dellepiane, vicepresidente; Pedro Erasmo Callorda, tesorero; Aurelio E. Estévez, protesorero; Ernesto J. Felippone, bibliotecario; Francisco G. Belunes, Augusto Acosta y Lara (hijo), Ricardo Martínez Quiles, Julio Raiz (hijo), Romildo Risso, Setembrino Pereda (hijo), Andrés Sosa, Alcides De-María (hijo), vocales; Esteban Calatayud Lazo, Héctor Julio Cerruti, Esteban Flangini, secretarios.

Asambleas partidarias como la organizada y llevada á cabo por el Club «Defensa de Montevideo», honran individual y colectivamente, pues fué tal el orden que reinó, que ni un grito se profirió contra el adversario.



Comisión directiva del club «Defensa» y miembros de la comisión de vigilancia



Sobrevivientes de la Defensa de Montevideo

Onomásticos

Para el humilde burgués y aun para el que no es humilde ni burgués, hay días que tienen alta y trascendental significación, días en que la casa se trastorna de arriba á la parte inferoposterior, se manda afinar el piano, se provee la despensa de latas que no figuran en el *menú* cuotidiano y aun suele hacerse una remisión al empeño de las alhajas que guardan los más imperecederos recuerdos genealógicos.

La gran existencia que tenemos de Pepes, en todas las órdenes y categorías sociales, da margen á las más entusiastas convivialidades en llegando el onomástico.

Cuando el feliz mortal que ostenta el eufónico nombre del distinguido patriarca de la vara, llega á su domicilio después de recibir con la sonrisa en los labios las felicitaciones de sus amigos que lo encuentran en los portales, pasa revista majestuosamente á las *cuelgas* y tarjetas colocadas artísticamente en la mesa de la sala, entre ramos de flores con porta-bouquets de papel afiligranado.

Allí están todas las ofrendas de amistad envueltas en papel de China ó dentro de cajitas amarradas con resorte y olorosas á mercería... Pepe se arregla la corbata con orgullo, se retuerce el bigote y se limpia el sudor con una mascada que ostenta su monograma bordado.

Llega la hora de la comida á la que asisten los amigos de más estimación; hay guajolote relleno, sopa de arroz con menudencias, lengua en frío con aceitunas y *turco*. El festejado procura todas las oportunidades para que los concurrentes se fijen en su nuevo flux y en los american-shoes con ojillos del tamaño de un centésimo níquel; se recoge los pantalones para que no se estropée el *doblez* y de paso pone de manifiesto los calcetines policromos correctamente ajustados.

Naturalmente la alegría llega á embargar los ánimos, y los que se encajaron más á la manta fiada, con el tinto y el vino blanco, empiezan á ponerse pesados y á decir impertinencias.

Otros la dan por el sentimentalismo, abrazan á Pepe, casi lo besan, le protestan una amistad más grande que las pirámides de Egipto al revés y al derecho, derraman el vino sobre el mantel, hacen víctimas de su entusiasmo á las piezas de lujo de la modesta vajilla, que se quiebran accidentalmente, y el bueno del anfitrión tiene que decir afectando indiferencia: «No hay cuidado; eso no vale la pena, no se mortifique usted», etc., etc., aunque en su interior esté haciendo un berrinche de todos los demonios. Todo se disipa y olvida en llegando la música que sorprende á los contertulios tocando una polca en la sala á donde entraron furtivamente aleccionados por la prima ó la cuñada de Pepe, autoras de la sorpresa.

Llegan las pollas, pollos y demás gallináceas de las casas adyacentes y sin *adyacer* que por no me quites allá esas pajas han tenido más ó menos intimidad con el feliz de Pepe. Los amigos de los amigos de los invitados observan el bolado desde la ventana esperando ansiosamente que pase alguno que les facilite la entrada.

—Viejo, no te olvides de mí, ya ves que yo no me hago orgulloso contigo en mis onomásticos, dice uno de los espectadores con billete de paraíso y aire libre, á un contertulio que se asoma á la puerta á *refrescarse*, viendo con aire de superioridad á los que miran el baile desde la calle.

—Hombre, temo que Pepe se disguste porque uno convide á otra gente; y además que soy también invitado, contesta el otro poniéndose un pañuelo al rededor del cuello para que no se arrugue.

Sin embargo, cuando ya el baile se pone color de hormiga, se meten muchos trasnochadores que se van á sentar en la primera silla que encuentran á mano, haciendo una cara muy humilde y con la gorra debajo del saco que se abrochan hasta el último botón.

Surgen al último disgustos en el seno de la fiesta, se arma la de aquí fué Troya; una de las hermanas de Pepe aprovecha la oportunidad y se deja *raptar* por el novio, la casa queda como si hubieran arrastrado al diablo de la cola por todos lados: hay lloriqueos, protestas, gritos y arañazos que van á desvanecerse en el augusto recinto de la comisaría inmediata.

Al día siguiente del onomástico, Pepe se devana los sesos para cubrir las deudas contraídas y rescatar en el empeño las alhajas depositarias de los más inolvidables recuerdos genealógicos.

Cuando algún compañero de oficina le pregunta cómo estuvo el baile de la noche anterior, Pepe se retuerce los bigotes, se limpia el sudor con la mascada del monograma, olorosa todavía á ponche caliente, y contesta en tono de arrepentimiento:

—Oh! aquello estuvo magnífico, mejor que lo que yo esperaba. Nadie se descompasó en lo más mínimo y hubo mucha animación... Sentí mucho que usted no hubiera asistido...

Después de esto creo que nadie pondrá en duda aquello de que para el humilde burgués, y aun para el que no es humilde ni burgués, hay días que tienen alta, pero muy alta significación!

JUAN DE LINZA.

Julio de 1903.



Judas

Me acuerdo aún de mi primera pregunta. Entonces la vida llovía mucho sol sobre mis cabellos.

—¿Y Judas, madre?

—Judas fué uno de los doce apóstoles que vendió al Divino Maestro. Esa mañana, una mañana de mi tierruca, envuelta en neblinas testarudas, como si el mar cercano esperezándose le enviara un vaho inmenso, quemaban al traidor en varias calles, en efigie de cartón pintado, con cilicios de cohetes, ante una parvulada del pueblo, que aullaba de alegría, ó se echaba á silbar desesperadamente cuando marraba uno de los cohetes de la rudimentaria pirotécnica.

Más tarde, ya lejos de mi valle, «del triste valle donde yo nací», dicen unos versos muy románticos, nos daban ejercicios en mi colegio. La capilla obscura resonaba con la voz gangosa del padre lector, y recuerdo que proponiendo la primera meditación de la mañana, leía en el negro libro de San Ignacio.

—Cayó Judas y lo substituyó San Mateo; cayó Pelagio y lo substituyó San Agustín; cayó Lutero y lo substituyó San Ignacio.

Judas otra vez; no pregunté ya, le conocía, «era uno de los doce», el que vendió al Divino Maestro.

Y corrió aún el tiempo, y una tarde gris también en que mi espíritu, que es como el agua tranquila que refleja todos los matices del cielo, tenía tanta bruma como la que puede contener un libro de Rodembach, leía el Evangelio cerca de la ventana de mi celda de estudiante.

El sol tramontaba ocultamente, como un rey que viaja de incógnito. Apenas si detrás de la niebla lo denunciaba un pálido círculo de tonos más claros, como una mancha circular aceite en un pliego de papel blanco. El campo parecía soñar bajo el pabellón melancólico del cielo, algunos pájaros friolentos garruleaban en los árboles del jardín y llegaba á mi oído el monótono lloro del agua del baño cayendo sobre la alberca.

Leía el relato inefable de la última cena. Ahí estaba Iscariote. Mientras Juan, «el discípulo que Jesús amaba», como se llama él á sí mismo con deleite, apoyaba su cabeza en el hombro del Cristo, Judas que «metía la mano en el plato», que comía el pan y bebía el vino de la Pascua, fraguaba ya la traición; pero el capítulo más doloroso era el del beso: «Con un beso entregas al Hijo del Hombre».

Dejé el libro sobre el alféizar y me quedé contemplando el paisaje, enfermo y serenamente triste como mi ánima.

Y fué aquella la tercera vez que encontré en mi camino á Iscariote.

La cuarta, la quinta, la sexta... le encontré leyendo la historia y la poesía heroica. Hay un Judas en la Ilíada, hay un Judas en los albores de la Reconquista de España; hay un Judas en la tragedia amorosa de «Alhamar el Magnánimo».

Yago en el tremendo drama de Shakespeare, tiene alma de Judas; en México tuvimos un Judas, que por gracia de Dios no nació entre nosotros: Picaluga; hemos tenido otros, que calentaron su infancia al rayo puro de nuestro sol...

Judas por donde quiera, á través de la marcha de la humanidad; Judas vuelto símbolo; Judas tornado beso siniestramente inmortal!

Aún encontré al traidor con este último disfraz, bajo la máscara de un beso, beso de los labios ante quienes se ora, de los labios que creímos hostias rojas, hostias de bendición y que fueron portaestandartes de Iscariote, chasqueando eternamente en los siglos; y la dolorida frase del espíritu que responde en la nefanda caricia, diciendo:

¿«Con un beso entregas al Hijo del Hombre»?

FRANCISCO GARC A CISNEROS

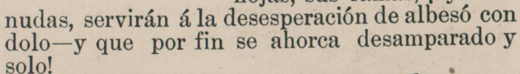


Inteligente escritor cubano

Cuando encontré al Judas simbólico, escribí estos versos:

Que aquel que recorriendo su ruta de asperezas—haya abrevado su alma en mayores tristezas, que mis tristezas, alce la voz y me reproche.

Job, Jeremías, Cristo, Daniel, en vuestra noche—toda llena de angustias de redención, había—un astro: el astro de una ideal teoría—Dios vino hasta nosotros, Dios besó vuestra frente,—Dios abrió en vuestro cielo la brecha reluciente—de una esperanza... En mi alma todo es sombra, y en ella—jamás, jamás, titilan los oros de una estrella.—Mi alma es como la higuera, por el Señor maldita: — No da fruto ni sombra, ni reposo; no agita—sus abanicos de hojas; sus ramas, ¡ay! desnudas, servirán á la desesperación de albesó con dolo—y que por fin se ahorca desamparado y solo!



Que aquel que recorriendo su ruta de asperezas—haya abrevado su alma en mayores tristezas—que las mías, levante su voz de trueno... En dónde—están los grandes tristes? ¡Ninguno me responde!—La eternidad es muda y el Enigma cobarde...

Hermana, tengo frío: el frío de la tarde!»

Y el Judas simbólico es ya un viejo conocido mío: Sé que vendrá, lo espero siempre. Cuando el cielo es más azul y el horizonte más puro, veo erguirse su silueta en un rubio insultante; su melena rojiza flota al viento de la mentira. Su rostro pecoso sonríe...

Echaos á temblar, pobres ilusiones, nidada gorgeadora de mi alma; encogeos, humildes amores míos; esperanzas vestidas de blanco y coronadas de azahares, como para la primera comunión, escondeos. Escondeos, pobrecitos míos, porque «él» viene; adelanta ya entre los árbo-

les espesos. La luna es tan misericordiosa, que se atreve á besar su cara antes que él bese vuestras lindas mejillas nacaradas. ¡Ah! yo bien quisiera covijaros ante mis brazos pero están clavados...

¡Y Judas llega! ¡Y Judas besa!

Sí, á «él» también le toca su turno; al día siguiente de la crucificación, cuando el cuerpo luminoso del Cristo se estremece ya en su tumba nueva para resucitar y ascender á la gloria del Padre, Judas se detiene ante la higuera que sombrea un triste arrabal de Jerusalem. El remordimiento le ciñe como con sierpes de espinas. Va á ahorcarse mientras los ángeles cantan: «resurrexit; nos es hic»; mientras Magdalena busca perfumes para ungir el cuerpo del Amado. El espumarajea mientras la de Magdalo adora.

La de Magdalo es el amor inmortal; él es la inmortal infamia!

Magdalena es el beso que se posa como paloma en los pies del Dios adorado.

Judas es el beso que quema la mejilla con lumbre de traición.

Magdalena diviniza á su amado, pregonando muy de mañanita, porque el amor madruga, su ascención á los cielos.

¡Judas lo vende y lo sacrifica!

Y sin embargo, esa alma toda luz y esta alma toda sombra, realizan la redención: Judas vendiendo á Cristo, glorificándolo la Magdalena. ¿Quién dice que no es eficaz ante los designios del Altísimo la obra de la infamia lo propio que la obra del amor?

Y Judas se ahorca.

Pero resucitará; resucitará con una resurrección maldita: es eterno; sin él no hay pasión y es preciso que todos los corazones estén crucificados, á fin de que se obtenga el fin supremo del universo, que es el perfeccionamiento por medio del dolor.

AMADO NERVO.

El "golf"

Menos agitado que el moderno tennis, y algo más movido que el antiguo croquet, el golf es un *sport* femenino por excelencia, que procura un ejercicio mesurado y suscita todas las emociones de una victoria difícil, sin exigir sin embargo, ni esfuerzos violentos, ni movimientos bruscos.

Club, ball, drive, put, hole. Retened estas cinco palabras inglesas que expresan la esencia misma del golf.



Al comenzar

En terreno llano

Golpe para acercar la pelota al hoyo

Dónde va á caer la pelota?

Se trata, á golpes de palos de forma especial *(clubs)* de hacer recorrer á una pequeña pelota una larga distancia *(drive)*, con el fin de poderla introducir *(put)*, en un pequeño agujero *(hole)*. El que desde un punto de partida indicado ha hecho caer su pelota en el agujero, con ayuda del menor número de golpes de *club*, ha ganado la partida. Agreguemos ahora que la más corta de las partidas de golf supone que la pelota ha sido enviada sucesivamente á nueve ó diez agujeros, entre los cuales media una distancia de trescientos metros, término medio, y que amenudo se coloca entre esos agujeros obstáculos tales, que de ellos para hacer hacer salir la pelota es necesario utilizar lo menos seis *clubs* de forma diferente.



Al dar el golpe

Digo seis como mínimum, pues la *golfense* experta emplea hasta siete, ocho y nueve, no obstante tener su género de *club* preferido modificado especialmente en previsión de ciertos golpes en que la pelota se hunde en la hierba, la arena, ó los guijarros. Entonces, gracias al empleo de este *club* extraordinario es posible desempeñarse fácilmente, mientras que en un caso análogo el adversario errará su golpe, por la falta de un instrumento apropiado. Cuántas pasiones suscita el golf en la elección, la modificación y la invención del *club!*



Empleo del click

Un obstáculo

Próxima al hoyo

Este lindo sport, tan apacible y tan ponderado, provoca siempre fuertes y hermosas emociones. No exige movimientos ridículos y mantiene largo tiempo entre sus adeptos, el entusiasmo de la juventud.

Un terreno vasto y accidentado, con montículos, llanuras, corrientes de agua, barreras, troncos, etc., es el más apropiado para el desarrollo del juego.

Las dunas de Saint-Brias, en Bretaña, con el musgo que guarnece sus cañadas, ofrecen un terreno apropiado, á menudo solicitado por los buenos jugadores. Del mismo modo, el local de la «Sociedad de golf» de París, presenta grandes accidentes y numerosos y variados obstáculos. En los lugares apropiados se disponen los puntos de partida y los agujeros marcados por signos especiales. Si suponemos que el match se desarrolla en cuatro agujeros, la jugadora deberá salir del primer punto de partida y dirigir su pelota hacia el primer agujero, que ganará con un cierto número de golpes de club que serán anotados inmediatamente.

Después, colocando su pelota en el segundo punto de partida, tendrá que ganar el segundo agujero con un cierto número de golpes que se anotarán igualmente, y en este orden se sigue la partida.

Pero por cada agujero, la jugadora hará recorrer á la pelota una distancia diferente, que puede variar indefinidamente entre cien y seiscientos metros, y salvar ó evitar menos obstáculos. Llegada al noveno agujero, se suma el número de golpes de *club* que se le han dado sucesivamente á la pelota en todo el trayecto recorrido, cuarenta y cinco por ejemplo.

El «putter» ó llegada al hoyo

Si los adversarios más fuertes que ellas le dan dos, tres, cuatro ó cinco golpes, se restan cinco de cuarenta y cinco, y si por el contrario ella es más fuerte y ha partido *scratch*, se cuentan exactamente cuarenta y cinco.

Cuando los otros jugadores hayan recorrido el mismo terreno, una simple adición permitirá decir quién es el ganador de la partida. Tal es el golf reducido á sus reglas principales. En la Boulie, un joven profesor inglés, persona de toda consideración, es el que enseña á las elegantes jóvenes que forman parte de la sociedad. Cuenta las pasiones que suscitan los diversos campionatos, las partidas secretas de práctica, á la mañana, en la hora que París y Versalles duermen aún.



Causerie

Parecía alejado Rafael Altamira de las regocijadas tareas literarias. En su juventud, fué novelador y crítico; pero la gravedad de su pensamiento, la riqueza creciente de su cultura y cierto anhelo de obra histórica y positiva, lo llevaron por otros caminos, más árduos y severos. Ha sido historiador, maestro ilustre de verdadera acción pedagógica y hasta psicólogo de su pueblo y de su raza, con cierto dejo de tristeza resignada y de visiones reformadoras. Estas varias manifestaciones de su espíritu, han dado á la novela de la edad madura, un sello de honda psicología y de preocupaciones sociales.

Para escribir «Reposo», Altamira ha partido de determinado concepto de la vida, ha llevado á envolverla con el manto regio del arte una idea vieja, porque la moderna cultura va haciendo cada vez más nueva y vigorosa. No es Altamira realista en el aspecto brutal que algunos dan á la escuela; pero lo es seguramente en la observación, rica y abundante, en la mirada social, en la intención crítica y renovadora de la obra. Hasta podría aplicarse al maestro de Oviedo la frase clásica del naturalismo: su novela no es sino la naturaleza y la vida social vistas á través de su temperamento. Sin penetrar muy adentro en el alma del autor, puede decirse que las tendencias de su espíritu y las viejas aficiones del sabio, se dirigen á la vida tranquila, al «reposo» fecundo, á una obra intelectual nacida en el silencio. Esta simpatía del catedrático ovetense por la paz de su retiro, se traduce en las páginas más brillantes de su libro.

Juan Uceda, héroe de la novela, es un joven intelectual, que en el tumulto de Madrid, ha vivido de ese conjunto de ideales generosos, cuyo empuje sienten con mayor eficacia las almas jóvenes. Abierto el espíritu, briosa la energía de sus mocedades, generosa la exaltación férvida de su alma, tenía Uceda el corte de los idealistas y de los reformadores: tuvo también su utopía, quiso disipar muchas sombras, y cayó sobre él el peso del desencanto. Agotado por la lucha activa, fué al campo, muy lejos del murmullo de la metrópoli, en busca de paz y sosiego. Quiere tomar una «ducha de Naturaleza», y en la morada de su tío—un patriarca bondadoso y sabio—cree encontrar la deseada tranquilidad para el espíritu. La primera impresión del compo es franca, sedante, tiene la poesía de una geórgica sencilla. Uceda procura imitar á su tío, viejo desengañado de la agitación ciudadana, y como él, se interesa por los humildes, por los hijos del terruño y sobre todo por el gran maestro de paz, el campo, cuyas lecciones recoge con afán generoso.

Ya parece curado de la manía de la ciudad; confía en el efecto calmante de un medio silencioso; abandona enérgicamente el cuidado erudito y hasta esquiva la fama que lo acompaña, como á doctísimo y señalado varón. La misma contemplación de la vida de naturaleza, no es cálida y rica en tonos fuertes, como en un éxtasis de panteísmo artístico. Tiene el calor suave, y el perfume del huertecillo de Tonnes, en que Fray Luis encontraba un «secreto seguro deleitoso».

Todo ha sido ilusión y fruto prematuro del deseo: Juan Uceda tiene vivo en su interior el rescoldo, mal apagado por el campo. Cuando la ocasión se presenta, cuando encuentra á la mujer que enjendró sus primeros amorosos ensueños, cuando Andrea aparece en el escenario, vuelve el recuerdo vengador á atormentar el espíritu del joven, resucita la pasión juvenil, yérguese más altivo ante el rechazo, y el incendio alumbra siniestramente aquella alma que parecía apagada y obscura. Un incidente de pueblo había reverdecido para Uceda los laureles del luchador: muévenlo las injusticia y abusos de la distribución del riego—observadas en una reunión popular—á tomar los arreos de padre y defensor de la tierra, estudia los derechos del riego y la historia de los conflictos que á él atañen, y el manso ensalzador de la vida tranquila, se torna inquieto, agitado, ansioso de lucha y de guerra. El amor de la mujer y el amor del pueblo han despertado sus energías calladas, y han encendido sus viejos entusiasmos.

Persuadido Juan Uceda de su inútil viaje, vuelve á Madrid. El éxodo ha sido infructuoso. En vano el tío cariñoso espera en una acción futura del campo: Uceda ha comprendido que el germen no está en el exterior, sino en él, en su alma exaltada y fácil para la lucha, en el poder del pasado. La virilidad no podrá quizás arrancar la primera inclinación de la juventud.

El problema queda en pie: ¿vence el medio ó triunfa la inclinación propia? ¿cuál de las dos esclavitudes es mayor? Gran oposición que Altamira ha querido encarnar en una acción fuertemente sugestiva. El tipo de Juan Uceda es un modelo de estudios psicológicos: el joven luchador quiere descansar en la paz y en la inercia, pero á pesar de las solicitaciones cariñosas del medio, revive siempre la fuerza de su carácter. Esta persistencia de una energía vigorosa á través de los cambios exteriores, está en armonía con los datos de la novísima psicología. Hoffding podría haber suscrito algunas de esas páginas, si no tuviera tan desarrollado el prurito de los neologismos. Altamira ha hecho gala de sus dotes de observador, al trazar las esperanzas, los desfallecimientos, los choques de un carácter que quiere modificar su naturaleza, sólo por el efecto de un cambio de escenario.

Y junto á esta figura central, hay una legión de seres de carne y hueso, estudiados en la vida, dibujados por una mano firme, y quizá vívidos, porque hay páginas de la novela tan reales, que parecen expresiones autobiográficas. Sobre todo, el viejo médico, tío de Juan, amante y generoso para el pueblo, en quien la vida tranquila ha dejado una huella imborrable, es, ciertamente, una figura de poderoso relieve, una representación animada del campo y de las primitivas fuerzas de la vida.

F. GARCÍA CALDERÓN REY.

Lima, julio de 1903.

Drama vulgar

Aquel jovencito era para mí interesante; siempre estaba triste, siempre cogitabundo, alguien me había dicho que era un loco—yo supe después que era un poeta. Sus ojos eran enigmáticos, negros y profundos; un pequeño bozo sombreaba su labio, *una profusa cabellera de león*, adornaba su cabeza de profeta, de predestinado, de vidente.

Yo no sé cómo surgió nuestra amistad, quizá por una *afinidad extraña* habíamos enlazado en una amistad limpia, verdadera y sencilla. Vivíamos casi juntos, con sobrada frecuencia nos reuníamos para comunicarnos nuestras impresiones y para fusionar nuestro espíritu en las gratas expansiones de la franqueza y de la intimidad.

El era un artista, yo también me creía un artista, y gozábamos profundamente, comunicándonos nuestros proyectos, aspiraciones é ideales; uno cuidaba de la conservación de las ilusiones del otro, celándolas con la asiduidad con que se cuida una flor que puede ser muerta por la racha.

El nunca me habló de su familia; pero en cambio su alma era, para mí, visible y conocida hasta en el más nimio detalle, su vida no tenía secretos de ningún género, por el contrario, procuraba descubrirse para mostrarme el desastre de su alma...

Algunas veces quiso hablarme de *ella*, pero las lágrimas asomaban á sus ojos, la emoción lo cohibía y jamás su orgullo quiso rendir tributo á su corazón. Sólo comprendí que debió amarla, amarla intensamente, tan intensamente que no acertaba á expresarlo; yo comprendía y callaba prudentemente, respetando el misterio de aquella alma que debía guardar en su interior un dolor hondo é inextinguible, que debía sufrir un cáncer pérfido que corroía su ser con tenacidad sórdida é implacable. Aquello hacía que le cobrase más afecto, que lo considerara como un héroe vencido de la vida y que lo venerara con la admiración con que se admira un derrotado noble, franco é intachable como era él.

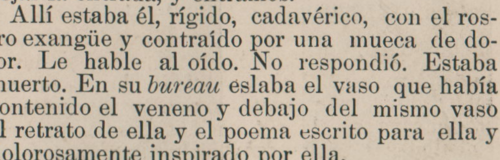
Su espíritu de artista, su sensibilidad exquisita de poeta contribuían más á aumetar su dolor. ¡Cuántas veces habíamos llorado juntos en presencia de las grandes miserias evocadas por el genio en los libros inmortales! ¡cuántas también habíamos gozado en la contemplación absorta de los paisajes de la naturaleza, de los tristes crepúsculos, de los florecidos campos, de las frescas mañanas! En todo revelaba su alma triste y de poeta; todos sus versos, todos sus actos llevaban impreso el sello de la tristeza tremenda que lo minaba.

Algunas veces hablaba de su pueblo natal, de su infancia, de sus amigos... ¡ay! y también hablaba de la amada, de la amada rubia que había escrito dolorosas páginas de exilio en la historia de su vida. ¡Qué amargas eran entonces sus lágrimas! ¡qué desgarradoras sus quejas! las quejas del que lleva el cadáver de un amor muerto en el alma y el dolor de una prolongada ausencia del hogar paterno.

Un día por la mañana, llegué á su casa, con el fin de visitarlo y charlar como diariamente lo hacíamos. Serían las doce de la mañana y me sorprendió ver todavía cerrada la puerta de su cuarto, una boardilla de casa de asistencia que le servía de albergue en su vida bohemia. De pronto creí que alguna juerga juvenil lo había entretenido entre compañeros y amigos, la noche anterior y que, por la consiguiente laxitud, no podría levantarse temprano. Sin embargo, los vecinos informáronme de que se había recogido á buena hora.

Preocupéme y comencé á llamar á su cuarto sin obtener respuesta alguna. Afortunadamente por un cuarto vecino, ocupado por un amigo mío, podíamos penetrar á la boardilla bohemia de Javier. Con algunos trabajos logramos despejar la entrada, y entramos.

Allí estaba él, rígido, cadavérico, con el rostro exangüe y contraído por una mueca de dolor. Le hable al oído. No respondió. Estaba muerto. En su *bureau* estaba el vaso que había contenido el veneno y debajo del mismo vaso el retrato de ella y el poema escrito para ella y dolorosamente inspirado por ella.



JOSÉ M. SIERRA.

Acortando distancias

EL MANIFIESTO DEL DIRECTORIO NACIONALISTA



Doctor Alfonso Lamas, presidente del directorio nacionalista.



Doctor Carlos A. Berro, vicepresidente

Una excelente impresión ha causado en el ánimo de todos, de amigos y adversarios, y sobre todo el pueblo en general, el último manifiesto dirigido por el directorio nacionalista al país y á sus correligionarios. Con él la primera autoridad política de esta numerosa agrupación partidaria ha logrado disipar, de una vez por todas, el ambiente de zozobras que existía en todo nuestro suelo, que inmovilizaba todo movimiento de comercio y remoraba el progreso de nuestra joven y exhuberante república, que no desea más que paz duradera para emprender el mismo camino avanzado de las grandes naciones y de los grandes pueblos.

Es un maná para la República. Los distanciamientos que han existido entre el Directorio y el Gobierno, con la publicación del manifiesto quedan limitados, casi absolutamente anulados, y la armonía que nace entre esa autoridad partidaria y el Poder Ejecutivo, pronto ha de tener halagadores efectos. Renacida la confianza en el país de que la paz no será turbada en adelante, las fuerzas materiales reanudarán su evolución de trabajo y los recoldos de cosas pasadas quedarán ahogados por el bullicio de colmena de un pueblo que se entrega á la labor con todas sus energías, al solo bien de su progreso que será el de la necesitada felicidad de la patria.

El altruísmo del Directorio del partido nacionalista ha sido aplaudido por toda la prensa del país sin distinción de credos y de afectos. Nosotros también le queremos tributar nuestro modesto pero sincero aplauso en la medida de nuestras fuerzas, acompañando á estas líneas los retratos del cuerpo dirigente que tan bien ha sabido inspirarse. Solo lamentamos no poder publicar los de los miembros señores Juan R. Albistur y doctor Juan B. Morelli, por no poseer estos señores fotografía alguna.

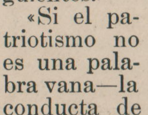
La redacción del manifiesto estuvo á cargo del doctor Alfredo Vázquez Acevedo, miembro del Directorio y uno de los *leaders* del partido en la Cámara alta.

El manifiesto termina con los párrafos siguientes:

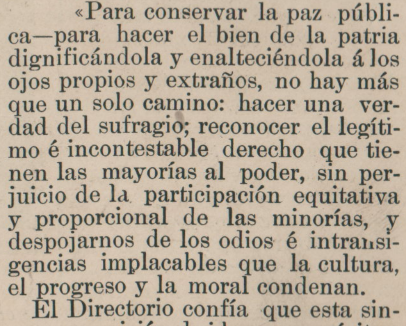
«Si el patriotismo no es una palabra vana—la conducta de los partidos en nuestro país, se halla trazada con entera claridad.

«Para conservar la paz pública—para hacer el bien de la patria dignificándola y enalteciéndola á los ojos propios y extraños, no hay más que un solo camino: hacer una verdad del sufragio; reconocer el legítimo é incontestable derecho que tienen las mayorías al poder, sin perjuicio de la participación equitativa y proporcional de las minorías, y despojarnos de los odios é intransigencias implacables que la cultura, el progreso y la moral condenan.

El Directorio confía que esta sincera exposición de ideas y propósitos, llevará al país y á sus correligionarios la calma de que depende el bienestar y la tranquilidad pública».



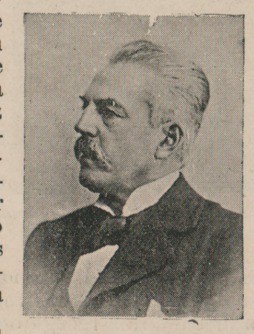
Doctor Antonio Carvalho Lerena, 2.º vice



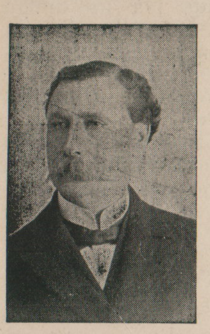
Doctor Alfredo Vázquez Acevedo, autor del manifiesto



Doctor Aureliano Rodríguez Larreta



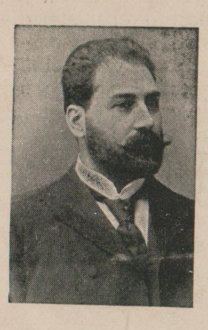
Señor Remigio Castellanos



Señor Manuel R. Alonso



Señor Francisco Haedo Suárez
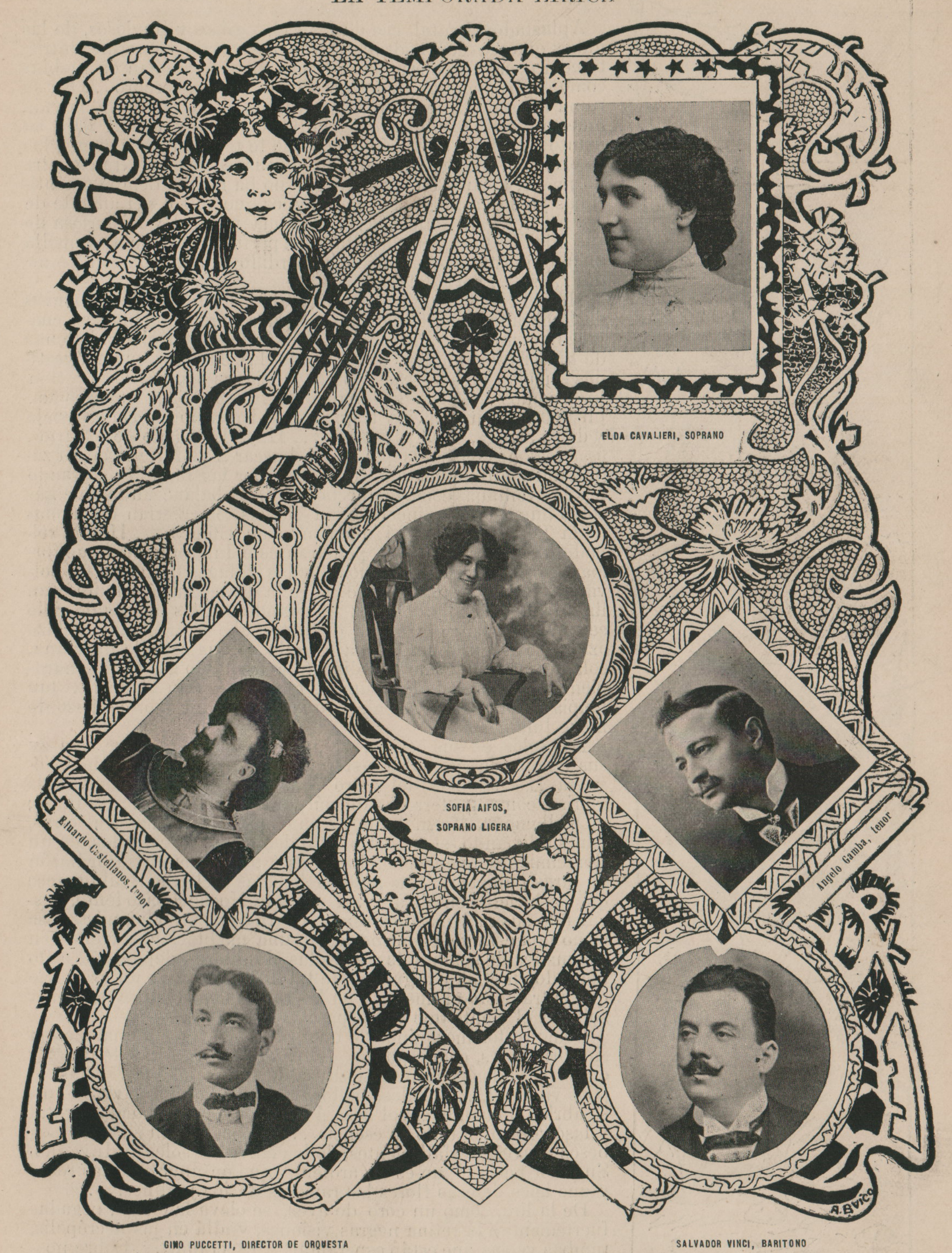


Doctor Rodolfo Fonseca



Señor Jacinto D. Durán, secretario del Directorio

POLITEAMA

LA TEMPORADA LÍRICA



GINO PUCCETTI, DIRECTOR DE ORQUESTA

SALVADOR VINCI, BARITONO

Dibujo de A. B. Vico y Haget





Hibernales . . .

Los viejos nidos están vacíos,—Los vasos de oro sin néctar ya,
Las madreselvas sin un perfume.—Y el arpa rota sin un cantar!. . .

María Torres Frías.

Aplastador, brutal, cae de los cielos grises y lluviosos, de las nubes que parecen podridas, un fastidio agrio y enorme, entristecedor como un enorme luto, y las ideas se ahogan en nieblas como el firmamento y son luces turbias en el cerebro . . . En su ruina odiosa á la vez que lamentable, llora la tierra su vida muerta y sus fecundidades perdidas, árida y estéril bajo su manto agrietado de vidrio opaco que le tejieron las nieves y las escarchas. . . En el agotamiento de sus savias la Gran Madre no puede, crear y en sus matrices no ha mucho tiempo potentísimas ya no arraiga la semilla, y es que el sol—el amante de esa madre—está enfermo!. . . El alma musical y misteriosa de sus hijos los bosques, aquella alma perfumada y sonora, aquella alma orquestal y solemne, se ha perdido juntamente con los nidos . . . se ha perdido!. . .

Hay el reinado de las asesinas de las estepas, de las nieves deslumbradoramente blancas, enceguecedoramente blancas, cuajadas de una extraña pureza, inmaculadas y traidoras, llenas de hipócrita candidez, envolviendo las cumbres que así vestidas semejan gigantescas cabezas ancianas é inmóviles!. . . Son los armiños helados, las blancuras fúnebres, los sudarios amplísimos, las inocencias trágicas del Invierno . . . En ese viejo todo es arruga, cana y rezongo . . . Hay el reinado de los fríos, esas legiones bárbaras que van á buscar á la Miseria en su zaquizamí y allí la matan, colándose por las rendijas, entrando por las ventanas como malhechores . . . Se balancean las nieblas como humos de un incendio sin llamas. Se creerían los humos de la tierra que se está quemando en silencio . . . Hay el reinado de las lluvias finas, penetrantes é interminables que forman esos cortinajes levísimos que las ráfagas deshacen en polvaredas de agua, que traen consigo la desesperación de un gran llanto sin consuelo. De vez en cuando, en las noches de cielo cerrado, por entre la grieta de una nube aparece un pedazo azul y se asoma á mirar una estrella . . . una estrella huérfana, sola, que brilla como un diamante prendido á un traje harapiento . . . Y cuando hay luna es tan blanca ¡tan blanca!. . . tan limpia en el silencio de hielo, que remeda un enorme disco de nieve luminosa!. . .

Los soles, en sus ocasos, ya no derraman la sangre viva de sus ignotos sufrires ni transforman al horizonte en fabulosa hoguera. Las agonías del astro son como enfermas y anémicas glorias, como un derroche de púrpuras desteñidas . . . Es brasa; no es llama . . . Tremulantes, como medrosas, unas tras otras, van sublimando el misterio azul las primeras estrellas, en un florecimiento de ensueño, límpidas y purísimas en su brillazón de raras pupilas . . . Las ráfagas heladas del crepúsculo parece que las hiciera centellear . . . Y entra la Noche á paso lento, desciñendo sus melenas de crespón, negra como un odio, misteriosa como una esfinge, silenciosa como una meditación, trayendo en sus manos de sombra las estrellas á millares, dejando al cielo bordado en ellas y orgulloso de tal lujo . . . Y hay un gran frío que entra hasta el hueso, y en las ramas desnudas se detiene á sollozar el viento que va de paso!. . .

Como restos mezquinos de una savia sin vigor y una energía sin virilidades, como pobres flores olvidadas, á ras de tierra y cuasi perdidas, nacen á la altura de sus hojas las violetas . . . ¡Las violetas!. . . Débiles, pudorosas, amadas del Invierno, no se abrieron cuando el sol besa á las flores como amador brutal y lascivo evaporando su esencia. . . Les basta para su vida esos besos suaves, desfallecientes, de los enfermos soles de Invierno. Su amor hacia él no es el ardiente que ensangrienta las rosas y que hace de esas flores las rameras de los jardines!. . .

De la lira, como un coro de ayes, se eleva la elegía; pegadas fuertemente á la retina negras visiones, y allá en las necrópolis, tumbas vacías que están esperando . . . esperando . . . Sobre nosotros, cielos de plomo con los astros muertos . . . En la tierra, invierno, y allá. . . en el alma, invierno también. La Diosa Alegría ha huido con todos sus vivos y sonantes oros . . . Hay como canas en las cumbres y se doblegan las cabezas canas!

Si todo eso viene de Él, justo es pensar que también tiene sus rencores!. . .

Buenos Aires, Invierno de 1903.

Andrés TERZAGA (hijo).

Ojos-nidos

Para mi madre.

Entre el espeso follaje
De una selva de pestañas,
Hay dos nidos luminosos
Como dos flores fantásticas.
¡Nidos de negros fulgores!
¡De oscuras vibrantes llamas!

Y allá: dentro de esa selva
De follaje negro, espléndido,
En el fondo de esos nidos
Como flores de destellos,
¡Agita sus ígneas alas
El ave del Pensamiento!

Delmira AGUSTINI.

En un lago de oro. . .

En un lago de oro fundido, alumbrando una luna amorosa,—con lumbres nostálgicas de un azul de Oriente,—navega el esquife . . .

Navega el esquife gallardo y altivo.—Sus remos de plata parecen dos brazos de niña impoluta que acarician la faz de su amado.—En la prora va un Genio entonando canciones de amores, y acompaña á los ritmos del verso anacreóntico, la espléndida guzla de son berberisco!

En los regios tapices, descansa el poeta y contempla á la luna amorosa que sigue su ruta. ¡Qué mirada tan triste y serena!—Si parece concluir en el Cielo y hablar á los dioses en cadencias sutiles y dulces del alma de un ser predilecto!

¿El poeta está loco?—Le habla á la luna:

«Oh mi amada, mi amada imposible: ¿Por qué aumentas mi rudo suplicio, escondiendo romántica la espléndida frente, tras la nube que ingrata me quiere robarte?—¡Oh mi amada, la amada querida del pobre misántropo—no aumentes mi pena y acude á la cita del bardo que llora!. .

«¡Oh noches azules, mis noches soñadas, no llevéis á mi reina, á mi diosa al alcázar de algún poderoso del cielo!—Contempla mi cano cabello, mi cara de mármol,—y al morir,—que se fundan en alianza perpetua el matiz de su lumbre adorada y el color de mi pálida frente».

Calló.—Y en el lago de oro fundido,—alumbrando una luna amorosa,—con lumbres nostálgicas de un azul de Oriente,—navega el esquife.

Pedro LICASOLA.

Pétalos grises

Hoy, al doblar la página amarilla de un libro de recuerdos, encontré algunas flores secas, algunos pétalos grises, cuyo perfume hizo brillar en mi memoria una triste luz de antaño.

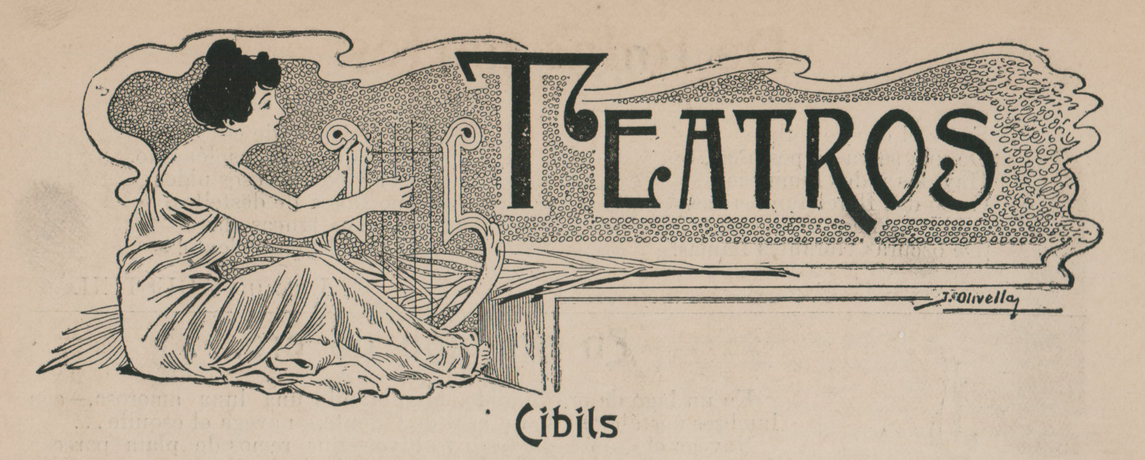
Poblóse mi mente de sombras inolvidables; llenóse mi corazón de amorosas músicas; y en mi espíritu floreció el casto ensueño de mi infancia y el lirio sangriento de mi juventud. ¡Oh evocación profunda de mis hondos recuerdos ante un puñado de pétalos muertos! ¡Oh perfume de melancolía, alma de mi vida remota, que has venido de no sé qué abismo del tiempo y de la muerte á acariciar con un beso de poesía y de tristeza á mi viejo espíritu vestido de negro! Como el ala de nieve de un ave errabunda, como el hálito de un niño dormido, así ha pasado tu caricia por mi frente. . .

Yo he separado de esa página antigua las flores difuntas, colocadas allí por una mano ya muerta, la dulce mano maternal que ha venido á oprimir mi corazón en las noches colmadas de dolor y de sombra!

He leído la hoja amarillenta, exornada de rojas iniciales. Hoja de amor y de infortunio, armoniosa con los versos de Percy Slleley; impregnados de un olor funerario. Nunca un poeta llegó á expresar como aquél, en dos ó tres líneas intensas, una tristeza tan honda! . .

Las palabras de la estrofa inmortal tienen un aroma como las flores y sollozan toda la melancolía de las cosas muertas. Palabras de misterio y de milagro que dicen la amargura de lo que duerme sobre la tierra ó bajo el sudario del tiempo; del tiempo implacable é inmutable que nos empuja hacia el ocaso, mostrándonos, en los días de luto, el fulgor de rosa de las antiguas auroras, bajo el palio azulado de los cielos profundos.

Froilán TURCIOS.



Cibils

JANE HADING

El teatro Cibils, donde funciona actualmente la compañía de Jane Hading, está estas noches, después de una temporada de mutismo absoluto, pasando por una verdadera racha de esplendor. La celebrada artista francesa y su *troupe* ha caido en Cibils con la bendición del cielo y el amuleto de la buena suerte. Desde que empezó á funcionar con *Frou Frou* el teatro se ha visto colmado de público selecto y distinguido, que concurría á admirar la escena de alto vuelo de la eximia actriz, esa escena de exquisita sociedad de salón, de alta aristocracia de pasiones, de ese prisma sutil y refinado que se refleja sobre los papeles flordorados de los salones de alto rango, donde vive el *sprit* de las almas selectas y los pensamientos finos como estiletos mojados en el almibar de convenciones y apariencias que son las corazas de la esgrima social.

París, el gran París, la única Cosmópolis que evoca el ensueño y atrae en una sed de sugestión irresistible por su grandeza, por sus Olimpos de todas las artes y todas las bellezas, el gran cerebro que piensa por encima del mundo, le ha consagrado con el laurel de los triunfadores y la ha llamado rival de la sublime Sarah.

Frou Frou, *Le maitre des forges*, *Sapho*, han sido tres sucesos para Jane Hading que han echado los cimientos entre nosotros de una reputación que ya había llegado en ecos resonantes hasta estas playas, en crónicas encomiásticas escritas desde los ambientes veteranos y exigentes de la vieja Europa. De hoy más, la distinguida actriz francesa, no será un manjar que se presiente bueno por los solos dejos de aromas que hasta nuestro ávido gusto artístico llegan; hoy le hemos paladeado con delicia de extra, hoy sabemos de su sabor de intelecto de las tablas, y aunque poco será su estadía entre nosotros, no la olvidaremos; su fulgor de estrella que pasa, tiene la estela de un recuerdo que no acaba ..

El conjunto de las demás artistas que la acompañan es armónico, inmejorable; hacen digno marco de tan preclara y eximia actriz.

La Devoyod, Leblanc, Ida, Daspremont, la *petice* Cornillia, Duchesne, Arnaud, Mondos, Barré, Franceschi, Gay, etc., son los otros componentes de la *troupe*.



De todas partes



La lección de canto de los locos



Un negro con pito y todo...

LOCOS CANTORES.— Escogiendo un número de hombres y mujeres de entre los dementes del Asilo de Filadelfia, la señora Hughes, viuda de un médico de la Institución, ha logrado, después de pacientes esfuerzos, formar un coro selecto, que ha prestado grandes servicios en las ceremonias religiosas que se celebran en la capilla del Asilo. Algunos de los coristas son locos pacíficos, pero otros exigen una gran vigilancia. Una soprano, que tiene magnífica voz, se traga cuantos clavos, alfileres y agujas le vienen á mano. Otros pacientes son morfinianos, difíciles de contener á veces. Al mejor y más dulce de los cantores, hay que vigilarlo continuamente, pues tiene la manía del suicidio.



Escuela de negritos en Norte América

COSAS DE NEGROS.— Así como en los asilos de Filadelfia hay locos cantores, sin necesidad de salir de la República del Norte, en Nueva Orleans, uno de los estados americanos donde los negros abundan más que los dollars, existen muchas escuelas de primeras letras exclusivamente de negritos, de las que salen preparados para todas las carreras existentes. La familia negra en esos estados tiene las mismas escalas sociales que la familia blanca.



Negros en pleno *cake walk*



En la última cadencia...



Una negra alegre

Allí la raza africana no toda vive para servir á los hijos de raza caucásica. Tienen sus salones aristocráticos, sus saraos de alto tono de donde ha salido el famoso *cake walk*, que tanto ha revuelto el mundo actual.

Cosas de negros, verdaderamente.



Locos de ambos sexos ensayando un coro

"LA ALBORADA"

PROGRAMA PUBLICADO CON AUTORIZACIÓN DEL "JOCKEY-CLUB"

PROGRAMA OFICIAL DEL DOMINGO 2 DE AGOSTO DE 1903

Comisarios del mes de agosto: señores Manuel Quintela, Juan Victorica, y Alberto Susviela Guarch

1.ª carrera—Premio «Stud La Sierra»

Handicap para perdedores y ganadores de una carrera en todo tiempo.—Distancia: 1200 metros aprox. —Entrada: $ 10.—Forfait $ 5.—Premios: $ 350 al 1.° y 50 al 2.°.—A la 1.30 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Querandie	1	«Chorlo»	zaino	5	57	Offenheit—Gargouille	ch. mordoré g. verde
S. Argentino	2	«La France»	zaina	5	56	Paysandú—Lamia	ch. a. m. b. p. c. y b. g. p.
S. Numancia	3	«Doña Sol»	zaina	6	56	Alerta—Dorada	ch. n. y oro á r. v. g. col.
S. Imperio	4	«Worth»	tostado	4	55	Saint Merin—Modiste	ch. y g, v. con rib. negros
S. Apolo	5	«Divisa»	zaina	5	53	Aquiles—Raquel	ch. turquesa g. colorada
S. Tormentoso	6	«Orinoco»	zaino	5	53	Timias—Nessie	ch. y g. gda y b. á ray. h.
S. Chico	7	«Electra»	zaina	6	52	Litigation—Hebe	ch. turq. bda. col. g. blan.
S. Cuaró	8	«Suárez»	zaino	4	52	Napoleón—Glicina	ch. mar. g. oro y ng. á ry.
S. Martinica	9	«Mont Pelee»	zaino	3	51	Offenheit—Medusa	ch. y g. cel. y b. á r. v.
S. Castaneda	10	«Ariza»	zaina	4	49	Aquiles—Clairette	ch. y g. b. bda. y mg. col.
S. Oriental	11	«Político»	zaino	4	48	Guerrillero—Política	ch. v. bda. neg. g. punzó
S. Tormentoso	f f	«Vendaval»	alazán	3	53	Jonquil—Lucila	ch. y g. gda. y bc. á r. h.

2.ª carrera—Premio «Stud Recuerdo»

Handicap para todo caballo de 4 años y más edad.—Distancia: 1400 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios: $ 400 al 1.° y $ 50 al 2.°.—A las 2 y 5 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Santa Lucía	1	«Acomodo»	oscuro	7	61	Salomón—Princesa	ch. col. mgs. y g. oro viejo
E. Clover	2	«Hierro»	alazán	5	59	Saint H.—Hippolyte	ch. az. mgs. oro g. az. y o.
S. Navarro	3	«Chato»	zaino	7	54	Rusticus—hija de S. Simón	ch. y g. cel. bda. col. y a.
E. Exmoor	4	«Cronge»	zaino	5	53	Júpiter—Elsa	ch. ros. alam. n. g. r. y n.
S. Principiante	5	«Fram»	zaino	7	53	Monarque—Lydia	ch. az. á l. oro g. az. y o.
E. Chantilly	6	«Krupp»	alazán	6	52	Guerrillero—Nena	ch. y gorra punzó
S. Yatay	7	«Cassio»	alazán	7	51	Camors—Delicada	ch. azul mar. á l. b.
S. Treinta y Tres	8	«Olimar Chico»	oscuro	6	47	Pan—Bambina	ch. y g. punzó bda. blanca
S. Redención	9	«Dandy»	zaino	6	47	Prometeo—Vivandera	ch. celeste g. colorada
S. Uruguay	f f	«Chipá»	zaina	4	53	Progreso—Vanda	ch. celeste g. blanca

3.ª carrera—Premio «Stud Tormentoso»

Handicap para productos nacidos desde el 1.° de agosto de 1900 — Distancia: 1200 metros. — Entrada $ 10—Forfait: $ 5.—Premios: $ 400 al 1.° y $ 50 al 2.°—A las 2 y 40 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Cololó	1	«Farsante	colorada	3	57	Progreso—Fosete	ch. y g. c. bda. y mg. neg.
S. Principiante	2	«Calandria»	zaina	3	55	Offenheit—Catel	ch. az. á l. oro g. azul y o.
S. Uruguay	3	«Arbolito»	zaina	3	53	Hervidero—Realité	ch. celeste g. blanca
E. Chantilly	4	«Proclama»	dora'illa	3	53	Guerrillero—La Marechale	ch. y gorra punzó
S. Apolo	5	«Bruma»	alazana	3	53	Litigation—Violeta	ch. turquesa g. colorada
S. Tormentoso	6	«Vendaval»	alazán	3	53	Jonquil—Lucila	ch. y g. gda. b. á r. h.
E. Clover	7	«Chulo»	zaino	3	53	Júpiter—Pobrecita	ch. a. mgs. oro g. azul y o.
S. Salsipuedes	8	«Acuerdista»	tordillo	3	50	Progreso—Fornarina	ch. punzó, mgs. y g. viol.

4.ª carrera—Premio «Stud Los Pinos»

Handicap para caballos de 4 años y más edad, ganadores hasta 1500 $ en todo tiempo.—Distancia: 1200 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.— Premios 400 al 1.° y $ 50 al 2.°.—A las 3 y 15 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Nico Pérez	1	«Sarandí»	zaina	4	59	Progreso—Alba	ch. y g. am. y c. á ray. v.
E. Chantilly	2	«Krupp»	alazán	6	57	Guerrillero—Nena	ch. y gorra punzó
S. Tejera	3	«Chiquito»	zaino	4	53	Express—Favorita	ch. pun. á l. bl. g. punzó
S. Cuaró	4	«Meca»	alazana	5	51	Guerrillero—Iona	ch. m. g. oro y ng. á r. h.
S. Numancia	5	«Doña Sol»	zaina	6	51	Alerta—Dorada	ch. oro y ng. á r. v. g. col.
S. Querandie	6	«Chorlo»	zaino	5	51	Offenheit—Gargouille	ch. mordoré g. verde
S. Imperio	7	«Worth»	tostado	4	50	Saint Merin—Modiste	ch. y g. v. con ribs. neg.
E. Clover	f f	«Teniente»	alazán	5	54	Monarque—Lidia	ch. a. mgs. oro g. a. y oro

5.ª carrera—Premio «Stud Cololó»

Handicap para todo caballo.—Distancia: 2500 metros aprox.—Entrada: $ 10. — Forfait $ 5—Premios: $ 450 al 1.° y $ 50 al 2.°.—A las 3.50 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
E. Chantilly	1	«Karthoun»	alazana	5	60	El Amigo Violete	ch. y gorra punzó
S. Cololó	2	«Digón»	zaino	4	60	Progreso—Ondina	ch. y g. col. bda. y mg. n.
S. Los Pinos	3	«Lybia»	zaina	7	51	Hervidero—Fornarina	ch. turquesa bda. y g. puz.
S. Navarro	4	«Portugal»	alazán	9	45	Stiletto—Europa	ch. y g. c. bda. col. y a.
S. Lutece	5	«Zorro»	alazán	8	43	Oriental—Calaguala	ch. y g. p. bda. b. mgs. a.
S. Cuaró	f f	«Mario»	zaino	5	51	Jonquil—Love Leteor	ch. m. g. oro y ng. á ray.
E. Exmoor	f f	«Cronje»	zaino	5	49	Júpiter—Elsa	ch. rosa al. ng. g. r. y ng.

6.ª carrera—Premio «Stud Santa Lucía»

Handicap para toda yegua—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios: 350 $ al 1.° y $ 50 al 2.°.—A las 4.25 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Santa Lucía	1	«Monja	alazana	6	60	Hannover—Muchacha	ch. col. mgs. y g. oro viejo
S. Nico Pérez	2	«Americana»	zaina	4	57	Progreso—Fatinitza	ch. y g. a. y col. á ray. v.
S. Misiones	3	«Martha»	alazana	5	56	Offenheit—Glenshee	ch. oro viejo g. azul
S. Uruguay	4	«Chipá»	zaina	4	54	Progreso—Vanda	ch. celeste y g. blanca
S. Apolo	5	«Vidalita»	zaina	4	53	Offenheit—Vivandera	ch. turquesa y g. colorada
S. Miguelete	6	«La Fleche»	alazana	4	53	Neápolis—Fosete	ch. y g. oro y v. á ray. h.
S. Argentino	7	«La France»	zaina	5	50	Paysandú—Lamia	ch. a. m. b. p. c. y b. g. p.
S. Massena	8	«Lady L v»	colorada	4	48	Curasco—Lady Eden	ch. n. mgs. y g. salmón
S. Principiante	9	«Calandria»	zaina	3		Offenheit—Catel	ch. az. á l. oro g. azul y o.
E. Chantilly	10	«Proclama»	dora'illa	3		Guerrillero—La Marechale	ch. y gorra punzó
S. Recuerdo	f f	«Amina»	zaina	4		Mivo sin—Mis. Bowler	ch. y gorra azul

Todas las carreras se largarán con *Starting Gate*.
La primera carrera se correrá á la **1.30** p. m., y el tren saldrá á la **1** p. m.
PRECIOS.—Palco, pad lock y circo, $ 2.00; palco y circo, $ 1.00; circo, $ 0.50.

En Otoño

La lluvia obstinada y fría
De aquella tarde brumosa
Desbarató muchos nidos
Y deshojó muchas rosas!...
Allá en la desierta sala,
Junto á la ventana gótica,
Los dos solos; él callado,
Ella pálida y tediosa
Finge desdén, y sus ojos
Están tristes y no lloran,
Y las crueles palabras
Que de su garganta brotan
Quieren herir y acarician,
Quieren vibrar y sollozan.
La falta es nube de estío
Y las nubes se evaporan
Cuando surge el sol radiante;
Pero ella piensa orgullosa:
«Cuando el corazón lastiman
Las faltas no se perdonan».
El medita que al agravio
«Las rodillas no se doblan»,
Y ambos callan pensativos
Junto á la ventana gótica....
Por qué no arrojan la máscara
Si al cabo los ojos lloran?
Por qué están mudos los labios
Si las almas están rotas?
¡Ay! en balde los recuerdos
Tienden el ala y remontan
Los horizontes azules
De las horas venturosas;



En vano recuerda ella
El despertar en la alcoba,
Cuando de la serenata
Se desprendían las notas
Y sobre del blanco alféizar
Aparecía en la sombra
Una mano que se alzaba
Con un puñado de rosas!
En vano el galán medita
En las fugaces memorias!
En el calor de los besos,
En las palabras ansiosas
Y en la frente pensativa
Y en los rizos de su novia!
Los recuerdos vuelven tristes
Con las alas temblorosas
Y friolentos se acurrucan
Otra vez en la memoria.
Ella, firme, piensa en que
«Las faltas no se perdonan»
Y él medita silencioso:
«¡Las rodillas no se doblan!»
. . . .
Y estaba la noche triste,
Y se quejaban las hojas
Cuando la lluvia seguía
Cayendo en la noche umbrosa
Desbaratando los nidos
Y deshojando las rosas ..

JOSÉ JUAN TABLADA.

Mi verso

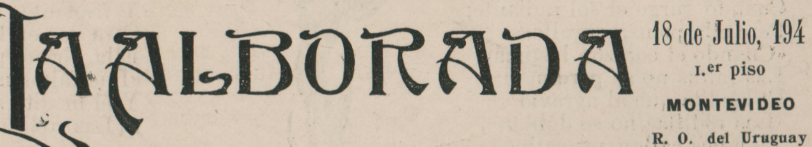
Querría que mi verso, de guijarro
en gema se trocase y en joyero;
que fuera entre mis manos como el barro
en la mano genial del alfarero;
Que lo mismo que el barro que á los fines
del artífice pliega sus arcillas,
fuese cáliz de amor en los festines
y lámpara de aceite en las capillas.
Qué dócil á mi afán tomase todas
las formas que mi numen ha soñado,
siendo «alianza» en el rito de las bodas,
pastoral en el «index» del prelado.
Lima noble que un grillo desmorona
ó eslabón que remata una cadena,
crucifijo papal que nos perdona
ó gran sello de rey que nos condena.

Que fingiese á mi antojo con sus claras
facetas en que tremen los destellos,
florones para todas las tiaras
y broches para todos los cabellos;
Emblemas para todos los amores,
espejos para todos los encantos
y coronas de astrales resplandores
para todos los genios y los santos.
Yo trabajo, mi fe no se mitiga,
y, troquelando estrofas con mi sello,
un verso acuñaré del que se diga:
Tu verso es como el oro sin la liga,
Brillante, dúctil, poliforme y bello!

AMADO NERVO.

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.--Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente
Arturo Salom
Administrador:
AGUSTIN SALOM



18 de Julio, 194
1.er piso
MONTEVIDEO
R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES
FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896
Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes	ps. 0.50	Número suelto (atrasado)	ps. 0.3
Por semestre adelantado	» 3.00	Por un año adelantado	» 5.00
Número suelto (los sábados y domingos)	» 0.10	Exterior. Por año adelantado	» 7.00
» » (de la semana)	» 0.20		

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$ 27.04	Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$ 10.20
Demetrio Errausquin—Maldonado	» 13.43	Alfredo M. Luc—Estación Cazot	» 7.80
Saturnino Mernies—Mercedes	» 9.00	Marcelino Moas—San Fructuoso	» 31.80
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	» 11.40	Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	» 10.80
Elvira García—Parado	» 9.10	Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	» 15.40
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	» 8.64	Vicente Bravo—San José	» 12.30
Francisco M. Sánchez—Minas	» 7.40	Gregorio García—San Carlos	» 5.80
Miguel Balvela—Itapebí	» 14.10	Jesús Sosa—Florida	» 7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

POR ZAYAS ENRÍQUEZ

y á los seis meses hablaba francés casi correctamente.

La institutriz era mujer de muy vasta instrucción, de exquisitas maneras, de talento natural, todo esto unido á un cuerpo grande y que hubiese parecido feo sin los amaños de compostura en que sobresalía la francesa; y una cara de aquellas que, según las circunstancias y el gusto del observador, podía pasar por agradable, ó por vulgar.

En materia de religión, la señora Trenard era tolerante hasta los límites de la indiferencia. Otro tanto pasaba con Luisa, sin que ésta se diese cuenta de ello.

Los negocios del señor Dardelle lo obligaron á salir de Chihuahua y á establecerse en Méjico, retirado del comercio. Allí acabó de desarrollarse Luisa, que era ya una joven interesante, y que desde luego causó efecto en la sociedad de la capital, que es de lo más novelero y veleidoso que darse pueda en esta materia.

III

Luisa recibía los homenajes de la turba de aduladores con la majestad de una reina que trata á sus vasallos. No coqueteó con ninguno de sus adoradores, entre quienes se encontraba el célebre conde de. . ., Ministro Plenipotenciario, etc., etc , en Méjico, que andaba á caza de dote, según decían malas lenguas, que no por ser malas dejaban de estar bien informadas.

Cuando llegaron á Méjico, Martín estaba en campaña, de modo que los primos no tuvieron ocasión de conocerse personalmente.

La curiosidad de Luisa por tratar á Martín, fué cada día más viva. La extravagante é injusta conducta de doña Guadalupe para con su hijo, las hazañas que más ó menos abultadas se contaban del joven coronel, los versos y los artículos publicados por éste, antes de su «calaverada», influyeron en la imaginación de la prima y de la señora Trenard, quienes acabaron por enamorarse del héroe, cada una á su manera.

La señora Trenard había cobrado un cariño maternal á Luisa. Aquella solterona, aquella hipócrita, de corazón seco, amaba á Luisa, como si viese en la bella chihuahuense un rejuvenecimiento de sí misma, una prolongación de su vida; como si presumiese que estaba llamada á vengarla de las inconsecuencias sociales de que ella, la señora Trenard, había sido víctima.

Martín Varela no podía ser el esposo ni siquiera el amante de la madura solterona, pero sí el de Luisa; y la señora Trenard se enamoró del joven, por cuenta de su educanda, y se propuso seducirlo, y unirlo galantemente á aquélla si era posible.

Y gozaba mentalmente al considerar al altivo Antinoo estrechando entre sus hercúleos brazos á la adorable criatura, mezcla de Venus y de Diana.

Y la institutriz sentía hervir su vieja sangre, como en su pasada primavera; se tendían sus músculos, se excitaban sus nervios, palpitaban sus flacas carnes, se ponían cárdenas las mejillas; y después, de pronto, caía desfallecida en un espasmo histérico, entornaba los párpados, echaba la cabeza hacia atrás y lanzaba una carcajada ahogada y convulsa, en la que sobresalían algunas notas metálicas.

Luisa se alarmaba, corría hacia ella y le preguntaba:

—¿Qué te pasa, Athenais?

—Nada, hija mía, es que me siento renacer en ti.

Y la tomaba por la cintura, la sentaba en sus rodillas y le cubría el cuello de besos frenéticos, hasta que Luisa se deshacía de sus caricias exclamando:

—¡Déjame, me haces mal!

—¡Sí, pero en cambio tú me haces bien!

Y quedaba la institutriz sumergida en un plácido sopor, en el que veía aparecer á Martín, pero bajo otra forma, muy distinta, y á veces se preguntaba:

—¿Cuándo y donde he visto yo á este Apolo?

IV

Luisa vió á Martín por primera vez en la iglesia, después en el Teatro Nacional, donde á la sazón cantaba una compañía de ópera italiana, en la que figuraban las hermanas Natali, entonces en todo el esplendor de la juventud; la D'Agri, Stephani, Biacchi y otros artistas.

Una noche cantaban *Martha*, que era el triunfo de las hermanas Natali. Martín ocupaba una butaca de las primeras filas.

De pronto entró en el salón una especie de gigante, después de comenzado el segundo acto, pisando con formidable energía, y esa indiferencia ó desprecio á todas las conveniencias sociales, propia de la gente mal educada.

Aquel exceso de energía pedestre, motivó el siseo del público, que fué exaltándose hasta el punto de gritar:—¡Fuera! ¡Fuera! sin que el coloso se diera por aludido.

Llegó nuestro hombre á su asiento, en la misma fila donde estaba el de Martín Varela, y en vez de estarse tranquilo, interpretando á su manera el precepto del poeta francés, creyó haber comprado en la puerta el derecho de aplaudir á su antojo, y cada paso, sin ton ni son, en medio de una cadencia, ó de una *fioritura*, hacía chocar sus colosales manos, una con otra, y aplaudía produciendo un ruido semejante al de la mandarria cayendo sobre el yunque.

El público exasperado volvió á gritar:

—¡Fuera! ¡Fuera!

El gigante se volvió con envidiable serenidad, indagando quién gritaba así, ó mejor dicho, buscando alguien á quien hacer responsable singularmente de aquella injuria colectiva, y por casualidad se fijó en Martín, mirándolo con insolente insistencia, repitiendo sus atronadores aplausos.

—¡Fuera! gritó Martín Varela, incorporándose en su asiento.

—¿Fuera? repitió el gigante. ¡Oh! ¡ven y prueba á sacarme!

Martín se puso en pie, como impulsado por un resorte, se lanzó sobre el provocador, arrollando á dos ó tres individuos que ocupaban los asientos intermedios, le dió una puñada en

(*Continuará*).

Talleres de EL SIGLO ILUSTRADO, Calle 18 de Julio, núm. 23